

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

LA PROPUESTA SOVIÉTICA DE REDUCCIÓN DE FUERZAS ARMADAS

Considerada en sí, la propuesta de reducción mutua de fuerzas armadas en Europa, hecha a los Estados Unidos por Leonid Breznev el 14 de mayo y, poco después, reiterada por Alexei Kosyguin, se presenta como una manifestación más de pacifismo de la URSS, susceptible de establecer la seguridad en el Viejo Continente. De hecho, ya existe una seguridad en Europa. Sólo tiene un inconveniente: se asienta en el equilibrio nuclear, que es un equilibrio de terror. Pese a lo pavoroso de semejante seguridad, no todas sus consecuencias han sido negativas. Ha impedido que estallara un nuevo conflicto armado y hecho posible, entre bloques enfrentados, una coexistencia que, paulatinamente, ha ido desembocando en un relajamiento de la tensión. Por consiguiente, cabe no considerar pura utopía una etapa ulterior de entendimiento y cooperación general lograda mediante un sistema de seguridad distinto al actual. Teóricamente, el proceso de acercamiento entre el Oeste y el Este puede desarrollarse según estas etapas, tanto más cuanto que no impedirían que la URSS persiguiera los objetivos fundamentales de su estrategia global. Uno de ellos es minar la cohesión defensiva del mundo occidental amparado en la Alianza atlántica. Otro es mantener y, eventualmente, consolidar su predominio en el campo socialista, a un tiempo que neutralizar la influencia que en él y fuera de él ejerce China Popular. Finalmente, de haberse aceptado la propuesta de Breznev, se hubieran soslayado de momento los inconvenientes que le suscita a la URSS la celebración de esa Conferencia de Seguridad europea, cuyos resultados positivos condicionan en parte el éxito del nuevo plan quinquenal, que apunta, en primer término, a elevar el nivel de vida de los soviéticos, sensiblemente afectado por los sacrificios que exigen los fabulosos gastos del esfuerzo militar.

La propuesta de Conferencia de Seguridad lleva años coleando. Los países del Pacto de Varsovia la formularon por vez primera en 1966, a raíz de que Francia abandonara la OTAN, lo cual provocó una brecha en el dispositivo militar de la Alianza atlántica. La URSS no hizo hincapié en el proyecto, cual si estimara que tal brecha podía ensancharse a base de negociaciones en orden disperso con los países occidentales, a fin de conseguir ventajas económicas y, de paso, una cierta disociación del frente atlántico. En espera del resultado de la maniobra, la propuesta de Conferencia pasó a un segundo término, en tanto que una red de acuerdos bilaterales suscritos entre Estados con regímenes distintos abría el camino a una cooperación que, indiscutiblemente, repercute en el ámbito político. Sin embargo, en 1969 los países del Este pusieron de nuevo en candelero la cuestión de la Conferencia europea, impulsados por la URSS a reiterar la iniciativa en razón de su compromiso con el conflicto árabe-israelí y de la agravación desde 1968 del pleito con China Popular. Los países del Pacto de Varsovia, reunidos en Praga en noviembre de 1969, en Budapest en julio de 1970 y en Berlín en diciembre del año pasado, hicieron sucesivas propuestas, idénticas en el fondo, si bien modificadas en la forma, todas ellas encaminadas a la cooperación económica y a la reducción de fuerzas extranjeras en territorio no nacional, cual si éstas fueran las causantes de la tensión y no lógica consecuencia de esa tensión.

Los miembros de la OTAN no hicieron oídos de mercader a las declaraciones del Este, pero no se dejaron arrebatar por las perspectivas de paz y seguridad que brindaba una organización que sustituyera las organizaciones militares existentes. Y en las reuniones del Consejo de la OTAN, de Reykjavik, de Roma y Bruselas, singularmente en el pasado diciembre, propuso la reducción equilibrada y mutua de fuerzas militares, pero supeditándola a la solución del problema de Berlín, manzana de la discordia entre los cuatro y las dos Alemanias, aunque realmente poco representaba para los neutrales europeos y en muy escasa medida afecta a los países del Pacto de Varsovia, salvo la República democrática, y de la OTAN, a Italia, por ejemplo.

Por desgracia para la seguridad que propone el Este, en ese problema marginal para gran parte de Europa que es Berlín, se ha atascado la Conferencia, junto con los tratados germano-soviético y germano-polaco, primeros hitos de la reconciliación europea. Tal sucede no tanto acaso por la mala voluntad soviética como por la tozuda resistencia de la República de-

mocrática, cuya tesis Moscú se ve constreñido a defender, aun sin compartirla quizá, toda vez que ni política ni estratégicamente Berlín tiene para la URSS gran significación. En cambio, existe en la URSS cierta premura por crear las condiciones favorables para un buen desarrollo del plan quinquenal, así como la necesidad de gozar de mayor libertad de acción frente a China Popular, el máximo enemigo actual. Ambas razones justifican la conveniencia de que se celebre la Conferencia europea. Pero ¿sólo bienandanzas aportaría ésta a la URSS, incluso en el caso de lograrse la seguridad en Europa?

En efecto, a pesar de las apariencias, los países del Este no constituyen ese bloque sin fisuras de los tiempos de Stalin o el que proclaman sus dirigentes, y nadie puede afirmar que la Conferencia de Seguridad no daría pábulo a la tendencia a emanciparse de los aliados de la URSS, tendencia de la que Rumania da el más vistoso ejemplo. De otra parte, la presencia de Albania en la Conferencia podría entorpecer la maniobra soviética destinada a asegurar su retaguardia europea mediante un entendimiento con los países occidentales, pero sin renunciar a su papel de potencia guardiana de las esencias de la revolución marxista-leninista que lucha con denuedo contra el capitalismo.

De ahí que más que un apoyo a la propuesta del senador Mansfield al Congreso, la iniciativa de los máximos dirigentes soviéticos pueda considerarse como un tirar por la tangente para llegar a la meta de reducir el esfuerzo militar en Europa, lo que beneficiaría a la URSS, a un tiempo que permitiría eludir los escollos de una Conferencia de la que acaso saliera malparado el predominio soviético en el Este y en el ámbito revolucionario. En todo caso, el dirigirse a los Estados Unidos, prescindiendo de los restantes miembros de la Alianza atlántica, refuerza el concepto de bipolaridad en el que las superpotencias llevan la voz cantante. Es un extremo que recalca el esfuerzo inicial norteamericano-soviético sobre limitaciones en las armas estratégicas nucleares.

LAS NEGOCIACIONES DEL SALT

Contrastando con la diplomacia de patio de vecinos, tan en uso en la mayoría de los países occidentales, donde abundan las conferencias de prensa y declaraciones ante la radio y la televisión, las negociaciones del SALT se desarrollan en un casi total secreto. Apenas si ha ayudado a des-

cubrir lo sucedido en la cuarta tanda de conversaciones celebradas en Viena el anuncio hecho por el presidente Nixon de que se había llegado a un acuerdo sobre limitaciones de las armas estratégicas nucleares. Sin embargo, el comunicado final de las conversaciones de Viena ha tendido a rebajar un tanto el optimismo suscitado por las noticias presidenciales. Al señalar el 8 de julio como fecha de reanudación de las negociaciones en Helsinki, daba a conocer que éstas *podrían* basarse en el acuerdo inicial anunciado por Nixon, que, de hecho, se refería a la limitación de los misiles defensivos. Es lo que han venido reclamando los soviéticos, que otorgan a las armas ofensivas un papel subordinado, aun sin dejarlas al margen de la negociación en curso. En cambio, desde 1969, los norteamericanos han rechazado todo plan de limitación unilateral. Por ello cabe preguntarse si un acuerdo soviético-norteamericano en Helsinki no resultará de nuevo aplazado, como sucedió el pasado verano cuando parecía estar al alcance de las manos, siendo la aceptación por la URSS del plan Rogers en el cercano Oriente índice de las buenas disposiciones soviéticas.

Porque, con independencia de los complejos problemas técnicos que plantean tales negociaciones, no pueden desprenderse del contexto político internacional ni de los recíprocos celos, ni tampoco de la preocupación de las superpotencias por mantenerse firmes ante los respectivos aliados y la opinión mundial. El desarme implicado en las negociaciones del SALT las aboca a desgarnecer sus sistemas defensivos y, por ende, a provocar modificaciones en la estructura y funcionamiento de sus alianzas. De ahí que ninguna de ellas esté dispuesta a iniciar la marcha por el camino de las cesiones, dado, de otra parte, que la coexistencia pacífica no invita a ses-tear, como acaba de recordarlo el amago de nueva tensión creado en el Cercano Oriente y el Mediterráneo por el reciente tratado suscrito entre la URSS y la RAU, al socaire de Israel.

Es decir, que el desarrollo satisfactorio de las negociaciones del SALT depende de modo fundamental del estado real de las relaciones soviético-norteamericanas, y no tanto de la necesidad imperativa de establecer la igualdad cuantitativa de las armas estratégicas, toda vez que, respetados ciertos límites, igualdad, superioridad o inferioridad numérica, carece de importancia militar. El «si los Estados Unidos pueden matar cinco veces a los soviéticos, la URSS puede matar una vez a los norteamericanos y con ello me conformo», atribuido a Jrushev, expone en forma pintoresca la inanidad de una acumulación demencial de medios ofensivos y defensivos. Tanto los Estados Unidos como

la URSS disponen de una superabundante garantía nuclear de destrucción que les permite infligirse mutuamente daños inaceptables. Es un equilibrio que sólo podría romperse si una de las superpotencias lograra una capacidad de destrucción susceptible de aniquilar de entrada todas, absolutamente todas, las fuerzas de réplica del país atacado. Es prácticamente imposible por más que las superpotencias se destrocen económicamente en su carrera armamentista. De esta evidencia surgieron, por iniciativa norteamericana de 1968, las negociaciones del SALT. La voluntad común de limitar las armas estratégicas, por muy técnico y militar que sea el problema, no permanece a salvo de los efectos de una competición política que se ha venido proyectando no sólo sobre las reuniones de Helsinki y Viena, sino también sobre los debates de la Conferencia de ministros de la Alianza atlántica, celebrada en Lisboa del 2 al 4 de junio, y cuyo tema fundamental ha sido la reducción equilibrada y bilateral de las fuerzas armadas en Europa, pero asegurando la respectiva defensa.

Al iniciarse esta Conferencia se registraban tres factores favorables para suscitar una cierta coincidencia entre los discrepantes criterios de los quince países de la Alianza, entre los que Francia es rancho aparte por ser empecinada oponente a cuanto pueda interpretarse como una aprobación del sistema de bloques. Tales factores eran, en primer término, los progresos—o esperanzas de progresos—en las negociaciones del SALT, exponente al más alto nivel del diálogo entre el Este y el Oeste, que también se mantiene en niveles inferiores con la *Ostpolitik* y las conversaciones cuatripartitas sobre Berlín. A este respecto, los cuatro se encaminan, al parecer, a un entendimiento. Por consiguiente, la Conferencia de Seguridad, que los occidentales supeditan a la solución de la cuestión berlinesa, adquiere posibilidades de celebración. Último factor favorable: los países atlánticos han podido observar que la reciente propuesta de Breznev de reducción equilibrada de las fuerzas militares en Europa no es otra que la propuesta que aquéllos formularon en Reykjavik en junio de 1968.

Estas circunstancias han influido en las conclusiones de la Conferencia de Lisboa, que da por sentado el principio de la reconsideración del actual despliegue militar en Europa, pero con las reservas del caso. En términos triviales, la última Conferencia de la Alianza atlántica viene a decir: «Vísteme despacio que tengo prisa», lo cual equivale a no apresurarse a dismantelar el efecto de la tensión en el Viejo Continente—que es el sistema defensivo de la OTAN—antes de haber suprimido las causas de esa tensión. Una de ellas

es la cuestión de Berlín; otra, la situación en el Mediterráneo, incluido en el área de protección de la Alianza atlántica. Ello sugiere que no está a la vista la tan traída y llevada reducción de las fuerzas militares, bien se negocie esta cuestión en el marco de la Conferencia de Seguridad por incluirla en el orden del día, como pretende Francia, bien al margen de la Conferencia, como parecen desear los Estados Unidos y singularmente la URSS, por motivos distintos que desembocan en un acuerdo tácito. Este acuerdo no equivale a que pueda producirse actualmente un nuevo Yalta que consolidara el *statu quo* existente. En efecto, China Popular y su categoría de potencia atómica, no desdeñable con sus misiles intercontinentales, insertan en las futuras negociaciones un elemento político independiente que estorba la consolidación de las coaliciones de intereses y las alianzas tácticas soñadas por unos y temidas por otros.

GRAN BRETAÑA ANTE LA COMUNIDAD ECONÓMICA EUROPEA

Los medios informativos han concedido destacada importancia a los acuerdos adoptados por el Consejo de Ministros del Mercado Común reunido en Luxemburgo el 7 de junio. Se trataba de apartar los últimos obstáculos con que tropezaba Gran Bretaña para formar parte de la Comunidad Económica Europea, es decir, de fijar el porcentaje de participación en el presupuesto comunitario y, asimismo, de que admitiera el principio de que la libra esterlina dejara de ser «moneda de reserva». El problema de la participación presupuestaria británica había sido objeto de largos y vanos debates en las reuniones del 2 de febrero y 16 de marzo pasados. No se lograron entonces resultados, debido a la negativa francesa a aceptar en el Club de los Seis a un candidato que pretendía ingresar con la tarifa inicial de un 3 por 100 de las cargas comunes. El 7 de junio este porcentaje ha quedado fijado para Gran Bretaña en un 8,50 por 100 inicial, incrementado hasta el 19 por 100 al final del período de transición de cinco años, ello frente al 21,5 por 100 imperiosamente exigido por Francia hasta ahora. Por consiguiente, ya se ha abierto ante Gran Bretaña la aporreada puerta de esa Comunidad Económica Europea, que, a raíz de la firma del Tratado de Roma, la llevó a crear la Zona de Libre Cambio, último intento para torpedear una Europa que apuntaba a la unidad y que había optado por edificarse sobre el cimiento de lo económico. Pero mientras la Comunidad Económica Europea no ha cesado de desarrollarse desde 1957 —estrictamente en lo económico, por supuesto—, la Zona de Libre Cambio se ha ido encanijando hasta reducirse a mero texto jurídico. Esta es

la razón fundamental de la conversión al europeísmo de Gran Bretaña, agobiada de otra parte por dificultades de expansión y la crisis de su moneda.

Lo conseguido por Gran Bretaña en Luxemburgo es un éxito y un premio a su tenacidad. De «paso decisivo, en su concreción, para el mañana de la gran Europa», lo ha calificado un comentarista, sin precisar a qué tipo de Europa se refiere. Habida cuenta de lo indefinido del concepto de Europa y de los variados líquidos que caben en ese odre, parece aventurado estimar que el ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común es una aportación positiva a su construcción, por lo menos a la construcción de la que sugería el Tratado de Roma, o sea la política complementaria de la económica.

Con todo, cualquiera que sea la realidad que en el futuro corresponda a la palabra Europa, la nueva situación hace ver una relación de causa a efecto entre la cumbre parisiense Pompidou-Heath del pasado mayo y los recientes acuerdos de Luxemburgo, donde Francia ha renunciado al papel de cancerbero del Mercado Común heredado de la política exterior gaullista. ¿Equivale este cambio a una reconsideración total de aquella política? Tal parece, aunque en la reunión de alto nivel del Mercado Común celebrada en La Haya el 1 y 2 de diciembre de 1969 ya dijera el presidente Pompidou, pero con la boca chica, que Francia no oponía al ingreso de Gran Bretaña un «no» rotundo. Volvió a decirlo con motivo de su viaje a los Estados Unidos en febrero de 1970. Sin embargo, no lo demostró posteriormente con hechos. Ha sido preciso que intervengan factores exteriores para que Francia se avenga en Luxemburgo a decir «sí»: la grave crisis del dólar y la decisión de la República Federal de dejar «flotar» el marco. París ha acogido con amargura semejante decisión —tal vez por estimarla «pro americana»— y ha lamentado esa manifestación de independencia germana con relación a la Comunidad, extremo éste un tanto fuera de lugar de recordar el desenfado con que Francia ha venido haciendo alarde de independencia en el marco comunitario.

Las conversaciones Pompidou-Heath se celebraron a raíz de esa coyuntura internacional. Hacía patente que, junto a su poder económico, la República Federal iba adquiriendo un poder político que amenazaba con situar en Bonn el centro de gravedad de una Europa basada en principio en el binomio Francia-Alemania, pero con incuestionable predominio del término Francia. Es una operación elemental restablecer el equilibrio añadiendo peso en el platillo que cede. Para Francia, Gran Bretaña es el contrapeso indicado, el que permite contrarrestar el auge de la República Federal en el marco de

la Comunidad y seguir propugnando la construcción de Europa, aun sin renunciar a la primordial defensa de unos intereses nacionales que resultan ser el contradictorio común denominador de las preocupaciones de los Seis. Era precisamente lo que pretendía superar el Tratado de Roma. En este orden de ideas hay identidad de criterios entre Francia y Gran Bretaña, que se opone de entrada a toda limitación de su soberanía. Por consiguiente, rechaza las instituciones supranacionales, tanto las que se orienten a la defensa militar conjunta como las que establecieran una política exterior coherente. También comparte con Francia el criterio del voto unánime para las decisiones a adoptar por la Comunidad. Todo ello da al traste con una Europa unitaria, que no puede ser sólo económica de pretender constituir una verdadera fuerza entre las dos superpotencias. De suerte que las conversaciones de París y sus consecuencias en Luxemburgo sugieren una especie de remozada «entente» cordial que, junto con el tratado franco-germano y acuerdos signados con otros países, dibujan sobre el mapa del Viejo Continente una red de acuerdos bilaterales que bien pueden considerarse una traba para convertir en realidad una Europa unida, la que no se presentaría en orden disperso a la Conferencia de Seguridad.

Por lo demás, el acercamiento franco-británico dista de dar la seguridad de que ha quedado para siempre rebasada la contumaz rivalidad entre Londres y París, sólo olvidada cuando se trata de aunar fuerzas contra un tercero. La insistencia del presidente Pompidou para que el idioma francés conserve su papel privilegiado en el Mercado Común, revela que Francia, pese a su reciente cambio de actitud con Gran Bretaña, no está dispuesta a ceder una pulgada en el ámbito de la Europa occidental, de la que ha perseguido—y persigue— ostentar la representación, singularmente abogando en favor de su «soberanía e independencia», propósito que, en ocasiones, se ha expresado a través de una oposición solapada o declarada a los Estados Unidos. En lo que respecta a la URSS, el famoso «la Europa del Atlántico al Ural» del general De Gaulle no evidencia ciertamente la oposición a ultranza a ese país. Mas su sucesor no ha formulado tal programa, si bien, ante la Asamblea Nacional, el 9 de junio, el ministro francés de Asuntos Exteriores, señor Schumann, ha preconizado una vez más una «Europa europea». En parte, la URSS es europea... Sin embargo, de momento, Francia se ha limitado a tener muy presente su actual interés nacional, que es resistir el empujón que le impone el creciente poder político y bien cimentado poder económico de la República Federal, echando mano del apuntalamiento británico.

LA POSICIÓN DE MALTA

No han tardado en empezar para Gran Bretaña y la OTAN los disgustos y quebraderos de cabeza derivados de la victoria electoral del laborista Dom Mintoff en la mal llamada «isla» de Malta, ya que se trata de un archipiélago constituido por tres islas y dos islotes, con una superficie total de 312 kilómetros cuadrados y una población que no alcanza el medio millón. Por tanto, considerada en sí, Malta significa muy poco. No obstante, debido a su situación entre Sicilia y Africa, o sea en el centro del Mediterráneo, controla ese mar de forma casi absoluta y es tapón del Mediterráneo occidental. Ocupa, pues, una situación estratégica de primer orden, tanto de considerarla en dirección Este-Oeste como desde el Norte al Sur en orden a la defensa de la Europa mediterránea. De ahí que la histórica importancia estratégica de Malta, vanguardia de Occidente frente al poder otomano y antigua posesión de la Orden de San Juan, aumentara a raíz de la decisión adoptada por la OTAN en enero de 1969 de crear una fuerza naval aliada en el Mediterráneo. Además, la evacuación de la base libia de Wheelus Field la convirtió en punto de apoyo de la flota aliada, singularmente de la VI Flota norteamericana, aparte de que Malta se considera capital para una acción aérea decisiva en caso de guerra. Y como quiera que fuera de la bóveda nuclear protectora existen zonas de fricción donde pueden producirse conflictos marginales —una de ellas es el Cercano Oriente—, se impone hasta qué punto Malta desempeña un papel destacado en el sistema defensivo de la OTAN. Por consiguiente, es lógica la esperanzada satisfacción soviética por la eventual inclusión en el neutralismo de un eslabón más de la cadena de bases —Alejandría, Chipre, Malta y, por supuesto, Gibraltar— que convertían el Mediterráneo en lago británico, ello hasta que Gran Bretaña fue sustituida por la VI Flota. Esta dominó sin trabas en el Mediterráneo mientras no surgió un nuevo factor que modificó la situación estratégica: la presencia en el sector oriental de ese mar, a partir de junio de 1967, de la flota soviética con puertos árabes a su disposición.

Esta circunstancia, que tiene tanta significación política como militar, ha conferido mayor valor a Malta, una vez que el tratado de Montreux ha demostrado su inanidad para limitar la libertad de acción de la URSS en el Mediterráneo y que la actitud tenazmente mantenida por Israel en el conflicto del Cercano Oriente no deja a los árabes otra salida que ampararse en ese país,

lo cual consolida su presencia en esa área. Por ello, más que causar inquietud, mueve a cierta ironía el que ese Lilibut que es Malta se lance contra el Gulliver que es la OTAN y amenace con reducirla a la impotencia de no pasar por las horcas caudinas que le tiene preparadas. Sin embargo, no debiera sorprender la actitud de Dom Mintoff.

No bien se iniciaron las negociaciones para la independencia de Malta, reconocida en mayo de 1964, se hizo patente que el jefe del laborismo maltés era un político realista ducho en fórmulas al parecer insólitas. Así, por aquel entonces, frente a la posible independencia que encandilaba a los nacionalistas, abogó porque Malta —que nunca había sido una nación— se convirtiera en una especie de Ulster o apéndice británico en el Mediterráneo para evitar el colapso económico originado por la retirada de Gran Bretaña y la reducción gradual de la actividad del arsenal militar, fuente fundamental de trabajo en Malta. Y el tiempo le ha dado la razón. Dom Mintoff hubo de contentarse con que su país se integrara en la Commonwealth en 1961. El empeño por permanecer a la sombra británica se compaginaría mal con la hostilidad ahora puesta de manifiesto mediante la expulsión del gobernador general, sir Maurice Dorman, las rápidas medidas para sacudirse el peso de la OTAN y la denuncia de los acuerdos financieros y militares suscritos con Londres, jurídicamente vigentes hasta 1974 de no mediar entre ambas circunstancias la victoria en 1966 de los nacionalistas, descaradamente apoyados por Gran Bretaña, clamó entonces Dom Mintoff, y la creciente crisis económica que empuja a Malta al subdesarrollo. No lo remedian los cinco millones de libras esterlinas, unos 840 millones de pesetas, que Gran Bretaña entrega en concepto de arriendo de bases, a su vez, en cierto modo, subarrendadas a la OTAN, de la que Malta deseaba ser miembro. No fue posible debido a la oposición de los escandinavos, si bien en 1965 logró un acuerdo de consultas mutuas, de muy limitados efectos prácticos de producirse un choque bélico y pretender Malta zafarse de un conflicto en el que no tendría arte, pero sí sería parte. Tales han sido los temas fundamentales de la campaña electoral de Dom Mintoff. Le han llevado a saborear la miel del éxito, que les sabe a hiel a Gran Bretaña y la OTAN, de pronto achicadas ante el vocerío del dirigente maltés.

De otra parte, junto a expulsiones y prohibición hecha a los buques norteamericanos de tocar puertos malteses, Dom Mintoff, sin pérdida de tiempo, ha desplegado intensa actividad diplomática en las capitales árabes socialistas, cual si quisiera arrimar el ascua de la Federación a la sardina maltesa. La

URSS se ha apresurado a interpretar semejantes gestiones en el sentido más favorable para sus intereses y, cruel sarcasmo, el embajador soviético en Londres, acreditado en Malta, ha anunciado su próxima visita y propuesto al nuevo Gobierno el establecimiento permanente en La Valeta de una embajada de su país. Pero de ahí a sentar que Dom Mintoff pretende a todo trance y a corto plazo facilitar la expansión soviética en el Mediterráneo central, hay un paso, acaso un largo paso. Indudablemente, impedirá que lo dé una revisión económicamente sustancial de los acuerdos anglo-malteses de 1964. Las negociaciones o chalanos de Londres no tienen otra finalidad que tal revisión que, por ambas partes, se desea resulten lo más ventajosas posible. Que el gobierno Heath —y entre bastidores la OTAN— esté resignado de antemano a toda clase de concesiones e incluso sacrificios, lo sugiere el hecho de que en un primer tiempo Gran Bretaña prosiguió la operación de relevo de los «marines» del batallón destacado en Malta, que habrá de incrementarse a mediados de julio con el envío de 500 hombres, como parte de los planes defensivos de la OTAN ante la creciente presencia soviética en el Mediterráneo. Es tanto como estimar que una discusión entre miembros de una familia no tiene por qué alterar el horario de las comidas. La discusión puede continuar en torno a la mesa, es decir, en Londres. Lo que no ofrece dudas, es que exista la posibilidad de volver a la política de cañoneras para mantenerse en Malta. El horno mediterráneo no está para esos bollos. Además, no lo permiten las dos barajas con que juega Dom Mintoff y merced a las que ejerce una presión sin proporción con su fuerza política o económica, si bien saca el máximo partido de la posición estratégica de su diminuto país mediterráneo. Es buena política... desde el punto de vista maltés.

LA SITUACIÓN EN TURQUÍA

Por dos motivos distintos, pero ambos lamentables, los sucesivos terremotos de Anatolia y el rapto seguido de asesinato de Efraim Elrom, cónsul general de Israel en Estambul, Turquía ha vuelto a ocupar recientemente el primer plano de la actualidad.

Debido a fenómenos de la naturaleza que se producen con harta frecuencia en el área geográfica de Turquía, los movimientos sísmicos no tienen incidencia en el ámbito internacional, si bien constituyen una catástrofe que mueve a simpatía y compasión. En cambio, el rapto y asesinato del diplomá-

tico israelí es un exponente de guerra subversiva en su forma urbana que, no por darse en diversos países por causas varias, cabe incluir en la sección de sucesos. En el caso de Turquía, tal acción terrorista se inserta en un contexto que, sin vacilar, puede calificarse de inquietante en razón del valor estratégico de ese país, no sólo para el mundo occidental, sino también para el máximo representante de las potencias del Este, la URSS, así como para sus aliadas Rumania y Bulgaria, todas ribereñas del mar Negro, cuya única salida al mar libre son los estrechos, de los que Turquía es guardiana. Es decir, que en el marco de la bipolaridad, Turquía tiene la delicada misión, que desempeña hábilmente, de actuar como fiel de la balanza, a pesar de su pertenencia a la OTAN, que, al parecer, debería situarla sin reservas junto a los países occidentales en perjuicio de sus vecinas comunistas. Pretender que la lógica cartesiana sea inseparable compañera de la política, sería desconocer el papel preferente que los intereses nacionales desempeñan en la actividad internacional de un país. Recordemos que desde el conflicto turco-griego de 1964 en torno a Chipre, la URSS ha asumido la defensa de la tesis de Ankara, cosa que no pudieron hacer los Estados Unidos, a un tiempo aliados de Turquía y de Grecia. Al socaire de ese inesperado apoyo, se renovaron las antiguas buenas relaciones de vecindad turco-soviéticas, rayanas con la amistad, y la URSS empezó a cooperar en el desarrollo de Turquía, primer país de la OTAN en recibir una sustancial ayuda económica soviética, valorada en 400 millones de dólares, y en tener en su suelo técnicos soviéticos aplicados a construir fundiciones de acero, presas y refinerías.

De la nueva orientación de la política exterior turca se tuvo una prueba tangible en junio de 1967, cuando la flota soviética pasó por los Estrechos rumbo al Mediterráneo sin la menor dificultad. El incondicional peón de la política norteamericana en el cercano Oriente de los tiempos de Menderes se había convertido en simple aliado frente a un eventual conflicto armado, es decir, en país preocupado en primer término por su interés nacional, que es no estar esquinado con su poderosa vecina soviética y tampoco con la fronteriza Bulgaria. Es una postura de casi neutralidad favorable a la URSS, comprometida en el conflicto árabe-israelí y, por ende, necesitada de libertad de paso por los Estrechos para hacer acto de presencia junto a sus protegidos árabes. Esa postura turca de equilibrio la ha mantenido por igual el gobierno Demirel, derrocado el pasado 12 de marzo por el Ejército, y el gobierno Erim, actualmente en el poder. Ello evidencia que, desde el punto de vista soviético, huelga, por lo menos de momento, una remoción del régimen

turco. Incluso puede estimarse que, dadas las posibles reacciones occidentales, le plantearía un problema del que le conviene prescindir por estar algo en duda su implantación en el Cercano Oriente de seguir evolucionando la política exterior egípcia bajo la dirección de El Sadat. Por consiguiente, atribuir al comunismo, sin más, la agitación que desde hace meses no decrece en Turquía es simplificar hasta la deformación la realidad de la delicada situación interior turca, que forzosamente habría de incidir en su política exterior de sufrir el país mayores bandazos que los registrados hasta ahora.

Aparte de causas socio-económicas que no son nuevas, la tensión en Turquía débese, en primer término, a una crisis de autoridad gubernamental y a la existencia de grupos de extrema derecha y extrema izquierda enfrentados en la calle y la Universidad. Entre estos últimos sobresale el llamado Ejército Popular de Liberación, cuya inspiración es claramente maoísta. De otra parte, está el Ejército turco, constitucionalmente garante de la democracia parlamentaria, por tanto, carente de una Junta similar a la que existía en el Ejército griego, que instauró el régimen actual. De ahí que el Ejército turco se apresurase a entregar el poder a un gobierno civil a raíz de su iniciativa de marzo. Tal gobierno goza de la confianza no exactamente de las fuerzas armadas, sino de sus mandos, impulsados a actuar contra el presidente Demirel presionados por la base, o sea por la mayoría de la oficialidad, preocupada de restablecer el orden y de llevar a cabo las reformas previstas por la Constitución de 1961. La resistencia de los mandos impidió que el Ejército asumiera el poder, estableciéndose en cambio una democracia con tutela militar. Ha sido una fórmula de compromiso que no ha satisfecho a los «jóvenes turcos», sean éstos neokemalistas o naseristas que abogan por soluciones radicales y hasta revolucionarias, pero conformes al interés supremo de Turquía. Tampoco ha puesto coto a una subversión que no beneficia a los países occidentales—de los que Turquía es aliada—, ni a la URSS y los ribereños del mar Negro, si bien sirve la tesis revolucionaria de China Popular, afanada en contrarrestar la influencia soviética en el Cercano Oriente. Habida cuenta de los innegables contactos entre Pekín y la resistencia palestina, considerada con recelo por el Kremlin, y de las relaciones diplomáticas entre Pekín y países fronterizos o próximos a Turquía, donde los chinos campan por sus respetos, no es obra de magia una sutil infiltración ideológica que cuaja en la organización de un Ejército de Liberación apegado a minar el régimen turco a base de disturbios callejeros y universitarios, atentados, raptos y huelgas. De conseguirse que se acentuara

el clima de guerra civil, el Ejército podría verse desbordado por los extremistas. Entonces Pekín habría matado dos pájaros de un tiro: el occidental y el soviético. Para ambos, los Estrechos tienen una significación tanto defensiva como ofensiva. Ello evidencia cuán capital es para el tercer protagonista de la política internacional que la llave de los Estrechos, que está en manos de Turquía, la detentara un régimen de su capilla que, además, podría proyectar su influencia en todo el mundo árabe.

ASPECTOS DEL CONFLICTO ÁRABE-ISRAELÍ

Una escueta noticia de prensa ha dado a conocer que el 5 de julio había llegado a El Cairo el encargado de los intereses norteamericanos en la RAU, Donald Bergus, y el director de los Asuntos egipcios del Departamento de Estado, Michael Sterner. Su misión oficial era presentar al Gobierno egipcio nuevas propuestas norteamericanas sobre una eventual reapertura del Canal de Suez. Esta iniciativa de Wáshington encubría además una discreta operación de tanteo con vistas al viaje de Josef Sisco, adjunto del secretario de Estado norteamericano, planeada para finales de julio. Posiblemente, Josef Sisco se propone emprender una labor de lanzadera entre El Cairo y Tel-Aviv para tratar de conciliar posturas hasta ahora irreconciliables. Semejante actividad pone de manifiesto diversos aspectos del complejo conflicto árabe-israelí, el primero de los cuales es evidenciar que la victoria militar de Israel en 1967 arroja resultados nulos en orden a la seguridad de ese país y de la paz en el Cercano Oriente. Otro aspecto es que después de la breve fase bélica y de la de sucesivos alto el fuego y la guerrilla, se ha iniciado desde el otoño de 1970 una fase diplomática para poner término, mediante solución negociada, a una situación que entraña un riesgo de enfrentamiento directo de las superpotencias que, respectivamente, tutelan a árabes e israelíes. De ahí los desvelos de Moscú y singularmente de Wáshington para que se negocie, pues Wáshington está sobradamente escarmentado en cuanto a los peligros de intervención y escalada de ciertos compromisos. Por lo demás, en una coyuntura en que norteamericanos y soviéticos se afanan por resolver los problemas que tienen planteados en el ámbito de la política mundial y las armas estratégicas, se impone sacarse la envenenada espina del conflicto árabe-israelí, sin que los Estados Unidos perjudiquen sus cuantiosos intereses petrolíferos en esa área ni olvide la URSS la importancia estratégica de primer orden que tiene para ella.

Por desgracia, la principal dificultad con que tropieza el tácito acuerdo soviético-norteamericano, al que han llegado al margen de las conversaciones de los Cuatro en Nueva York, es que llamar a ese conflicto árabe-israelí e simplificarlo al extremo de falsear su planteamiento. En efecto, no se trata de dos bloques coherentes y opuestos. El bloque árabe comprende Estados moderados (Jordania, Líbano y Arabia Saudita) y Estados con ínfulas revolucionarias (Siria, Irak, Libia y Argelia). Egipto está en el fiel de la balanza. A esta división fundamental hay que agregar el Movimiento de Liberación Palestino, nombre genérico de una serie de organizaciones a la greña entre sí y que no parecen haber llegado a la unidad aconsejada por el presidente El Sadat en su discurso inaugural del IX Congreso Nacional de Palestina, iniciado en El Cairo el 7 de julio. Ciertamente, la atomización del movimiento «fedayin» perjudica su actividad bélica antiisraelí, pero no la anula al extremo de justificar el olímpico desprecio de Israel cuando en 1969 irrumpió en la escena del Cercano Oriente. Si militarmente los «fedayin» no hacen mella en la fortaleza israelí, políticamente perturban. Con su objetivo común de creación de un Estado palestino aconfesional y multirracial, lo que implica la desaparición del Estado de Israel, admitido incluso por la URSS, el movimiento «fedayin» es el máximo estorbo para una solución de compromiso en esa región, luego de haber sido en 1948 la defensa de los palestinos la causa del enfrentamiento entre árabes e israelíes. Aunque singularmente recortado el poderío «fedayin» por las reacciones de Amman al propósito de derrocar la monarquía hachemita, conserva la baza de su vinculación a China Popular a través del Frente Democrático de Liberación de Palestina, versión local del movimiento revolucionario «fedayin» existente en el Yemen y en Hadramaut, el cual concreta la infiltración china en el Pérsico. Los chinos, por supuesto, no se contentan con apoyar a los palestinos y declararse amigos de los árabes: están atentos a los errores que los soviéticos puedan cometer en su juego para tomar el relevo. Por ello, la URSS no puede extremar la presión para llevar a los árabes a aceptar una fórmula de compromiso. Se lo impide el tábano chino. No existe tampoco total unidad en el bloque israelí, con sus halcones y sus palomas, cuyas declaraciones contradictorias son reflejo de tensiones que se dan no sólo en la opinión pública, sino también a nivel gubernamental, siendo de señalar que los judíos norteamericanos, que mantienen a flote la economía de Israel, figuran entre los halcones. Son el tábano de los Estados Unidos, muy molesto en

función de las elecciones presidenciales de 1972 y, en todo tiempo, susceptibles de influir en ese aspecto de la política exterior de Wáshington.

En este contexto de respectivos intereses de las superpotencias, imbricados con los contradictorios objetivos del mundo árabe y de Israel, no parecen encaminarse directa y rápidamente al deseado éxito las iniciativas de los Estados Unidos, en la actualidad orientadas a lograr en primer término la reapertura del Canal de Suez. Es una perspectiva muy propia para ablandar a Egipto, cuyo equilibrio financiero se resiente de la falta de recursos procedentes de la navegación por el Canal y de los gastos militares exorbitantes. Pero Egipto no es el único factor del problema, con ser importante, tanto más cuanto que no puede contar con un absoluto asentimiento soviético para hacer concesiones. Aparte de verse en la necesidad nacional de defender su posición en el Cercano Oriente, la URSS ha de desempeñar fielmente su papel de potencia tutelar de las fuerzas progresistas so pena de proporcionar argumentos a la activa propaganda china en el mundo árabe. Es decir, que con todas las trabas que la ayuda a Israel impone a los Estados Unidos, éstos pueden desplegar mayor actividad conciliadora en el Cercano Oriente que la URSS. A pesar de todo, no se avizora en lo inmediato la reapertura del Canal de Suez ni la aplicación de una fórmula apaciguadora a base de cascos azules y acaso de creación en Cisjordania de un Estado palestino independiente y federado con Jordania, como se ha sugerido. El conflicto árabe-israelí ha creado excrescencias desde 1967. En gran parte se deben al empeño israelí por celebrar negociaciones directas con los Estados árabes para conseguir su reconocimiento *de facto*. Y así se perdieron oportunidades de paz, una paz que ahora sólo se vislumbra en un alejado horizonte si antes no intervienen factores que reactiven esa no guerra que es un peligro latente para el Cercano Oriente y los países ribereños del mar Mediterráneo.

LA POLÍTICA NORTEAMERICANA EN VIETNAM Y SUS CONSECUENCIAS

El informe McNamara sobre la guerra de Vietnam, cuya publicación inició el *New York Times*, puede calificarse de bomba. Es incluso una bomba de efectos retardados que hace saltar hechos añicos los argumentos fundamentales aducidos por los presidentes demócratas Kennedy y Johnson para justificar la intervención y escalada norteamericana en el conflicto, a saber: la imperativa necesidad de defender a los países libres de Asia de la agresión comunista y el deber de ayudarlos a conservar el régimen de su pre-

ferencia que, por supuesto, era el democrático. Esas revelaciones no sólo han puesto de manifiesto las sensibles limitaciones de la democracia norteamericana, en la que el poder ejecutivo escapa al control del Congreso y de la opinión pública; hacen ver que la lucha anticomunista y las razones estratégicas eran meros aspectos de una acción tendente a crear zonas destinadas a convertirse en cabezas de puente comerciales. La deducción acaso no sea excesivamente maliciosa de tomar en cuenta que entre 1950 y 1968 las exportaciones norteamericanas al sur y sudeste de Asia se triplicaron, si bien actualmente el déficit de la balanza de pagos, la consiguiente crisis del dolar y la inflación son la otra cara de aquel éxito. Son, además, exponentes de una situación originada en parte por el costoso conflicto indochino, que coarta notablemente la puesta en práctica de la política asiática preconizada por el presidente Nixon. Formuló sus principios en Guam, en julio de 1969: mantener la presencia de los Estados Unidos en Asia—por no decir incrementarla—, pero mediante la ayuda a los países amigos y el desarrollo de sus economías. Dadas las dificultades financieras con que se enfrentan los Estados Unidos, semejante objetivo sólo puede lograrse traspasando los cuantiosos créditos militares a esa ayuda pacífica que pretende facilitarse en el marco de agrupaciones regionales más o menos en marcha. Tal ha sido el criterio asimismo adoptado por parte de la opinión norteamericana, opuesta a la intervención armada en el sudeste asiático—aunque no tanto en el Oriente Medio—y de la que el *New York Times* es uno de los puntales.

Por ello, puede estimarse que acaso no haya estallado a tontas y a ciegas la bomba McNamara, que dará pábulo a ese movimiento, a pesar de que la Administración lograra suspender temporalmente la publicación del explosivo informe, que no perjudica al partido republicano, sino todo lo contrario, y favorece la política asiática de Nixon. Por ello, sólo se ha dado a conocer en el momento oportuno, cuando la Administración republicana quiere acelerar la iniciada retirada de unas fuerzas en las que hacen estragos las drogas, como se ha reconocido de pronto.

Además, aparte de la crisis que afecta a los Estados Unidos, que muchos achacan sin vacilar al malhadado conflicto survietnamita, y del deseo del presidente Nixon de salir rápidamente del atolladero en razón de las elecciones presidenciales del año próximo, existe el decidido propósito de suavizar las relaciones con China Popular, singularmente tensas debido al problema de Vietnam. Lograrlo modificaría la política triangular y ejercería influencia en el diálogo entre Wáshington y Moscú. La apresurada reacción de

buena voluntad norteamericana ante el esbozo de sonrisa china pregonada esta orientación de la política exterior norteamericana. Indica, de otra parte, que algo concreto apunta en el horizonte asiático una vez renunciada la política de zigzag en Vietnam, que era un combinado de retirada de fuerzas, «vietnamización» y ampliación del conflicto, sin resultados militares apreciables en orden a la consecución de la paz. Ese «algo» bien puede ser la nueva situación hacia la que los Estados Unidos encaminan a Saigón después de entregarle un salvoconducto llamado «vietnamización». A la corta o a la larga, es llevar Vietnam del Sur al establecimiento de un «gobierno nacional» con participación del Vietcong. No es esto una simple eventualidad, porque junto al frente militar, que no resistió la prueba de la intervención en Laos, está el frente político survietnamita, sobre cuya unidad en la decisión de resistencia al comunismo caben múltiples dudas.

Pero ausentes los Estados Unidos del escenario, cuanto en él suceda podrá presentarse como libérrima expresión de la voluntad del pueblo. ¿Será suficiente la explicación para que el desenlace de la sangrienta tragedia no aparezca como un fracaso político de los Estados Unidos sumado a su incapacidad militar para derrotar a las fuerzas comunistas? Posiblemente no para los países que han aportado su ayuda bélica o económica al esfuerzo norteamericano y se han comprometido en la empresa, cuales Tailandia, Filipinas y Corea del Sur, sin olvidar a Camboya. También pueden preocuparse Malasia, Singapur e Indonesia, en razón de su posición geográfica. Porque para todos se planteará el problema de una seguridad que garantizaba un sistema colectivo instaurado por los Estados Unidos y del que Vietnam del Sur era eslabón esencial. La neutralidad y la coexistencia pacífica se imponen como solución. Favorecen, en definitiva, a China Popular, cuya influencia para extenderse no precisa apelar a la dialéctica de las armas. Cuenta ya con peones de brega, las guerrillas operantes entre sus vecinos reacios, o sea los vecinos vieron en el conflicto survietnamita una agresión comunista que era preciso repeler. Para ellos queda malparado el prestigio de los Estados Unidos, que abandonan el combate sin haber logrado la victoria. En cuanto a los que vieron en la guerra de Vietnam una guerra de independencia contra «el agresor yanqui», la retirada norteamericana se impondrá como un éxito asiático, susceptible de provocar un orgullo semejante al que despertó la victoria japonesa de 1905 sobre los rusos.

Y más allá del nacionalismo, que entraña siempre divisiones, puede surgir un «continentalismo» asiático en el que Japón algo tendrá que decir, en par-

ticular en materia de desarrollo económico. En este ámbito está en condiciones de desempeñar un relevante papel que, con el tiempo, acaso le devuelva parte de la importancia política que ha tenido en Asia hasta la derrota de 1945. Por lo menos, esa parece ser la meta que persigue su acción diplomática encauzada por el camino de la proyección económica. En lo que a China Popular atañe, ya ostenta en Asia una fuerte posición. La política asiática del presidente Nixon sólo puede confirmarla y ayudar a que adquiera categoría de gran potencia con responsabilidades internacionales, singularmente si se logra un acuerdo nuclear a escala mundial, como consecuencia de la conferencia de los cinco Estados atómicos propuesta por Breznev el 11 de junio. Entonces, incuestionablemente, no doblarían las campanas por la presencia norteamericana en Asia e incluso por la influencia del mundo occidental en un Continente al que, quiérase o no, despertó de su letargo.

LAS RELACIONES ENTRE JAPÓN Y CHINA POPULAR

Además de un gran político y agudo diplomático, el primer ministro chino Chou En Lai es un fino humorista. Tal se desprende de las declaraciones que recientemente ha hecho al enviado de un diario libanés de izquierda. Refiriéndose a la normalización de las relaciones entre China Popular y los Estados Unidos, puntualizó que Pekín se niega a admitir la ficción de «las dos Chinas», la comunista y la nacionalista, para iniciar el diálogo. Conocidos los vínculos y compromisos existentes entre los Estados Unidos y China nacionalista desde 1949, así como el papel que ésta desempeña en la actual estrategia político-militar norteamericana en Extremo Oriente, la condición previa señalada por Chou En Lai para un acercamiento es tan humorista como supeditar el regalo de un sombrero a la decapitación. Es evidente que, de momento, Wáshington no puede abandonar a esa aliada a su suerte, que sería sufrir la acometida de China Popular para reintegrar Taiwan, llamada por los occidentales Formosa, al «sagrado territorio de la patria». Y así seguirán las cosas hasta que los Estados Unidos replanteen su política en Asia sobre bases nuevas, las que acaso aparecen en filigrana en el plan de «vietnamización», que podría ampliarse a una «asiatización». Hasta tanto, Chou En Lai, al devolver la pelota, ha dejado, al parecer, a los Estados Unidos sin posibilidad inmediata de proseguir el juego, una vez que el presidente Nixon se ha apresurado a aplicar las medidas comerciales y financieras estu-

diadas desde hace tiempo para relajar la tensión con China Popular, premura que apuntó a dar por sentado que le correspondía la iniciativa de un relajamiento preconizado desde que asumió el poder, por estimarlo elemento básico del equilibrio mundial y el futuro de los Estados Unidos. Por lo tanto, hay un compás de espera en el frente chino-norteamericano, lo cual no equivale a decir que la situación permanecerá incambiada en Asia, lugar geométrico de intereses vitales de las tres grandes potencias que dominan el mundo: los Estados Unidos, la URSS y China Popular.

Sin embargo, la realidad de los tres gigantes no debe dejar en olvido ese otro gigante en ciernes que es Japón, país cuya orientación política futura puede ser decisiva para esa vasta área del globo, aunque nos hayamos acostumbrado, como a un hecho permanente, a tenerlo por un fenómeno económico y técnico que, políticamente, va por el camino que le trazó su derrota de 1945, o sea un poco de la mano de los Estados Unidos.

Con todo, Japón es una nación asiática, extremo éste que constituye un factor esencial de su política tradicional, la que prosigue actualmente con discreción y mesura. Tal demuestra ese bailar en la cuerda floja de sus relaciones con China Popular, exclusivamente comerciales, por supuesto, pero que desde la renovación del acuerdo comercial correspondiente al período 1963-1967, es decir, desde 1968 han adquirido un sutil matiz político. Por ejemplo, las cláusulas adicionales de ese acuerdo comercial prevén que Japón observará respecto a China Popular una estricta neutralidad y que no disocia lo político de lo económico, como lo había hecho hasta entonces. De otra parte, al margen del Gobierno, el partido socialista japonés estableció en 1957 relaciones con Pekín. En otoño de 1970, una vez más, una delegación socialista visitó la capital de China Popular, donde fue recibida con los brazos abiertos.

No han parado allí los contactos recientes entre esos dos países tan vinculados por la historia, la geografía y la cultura. En el pasado febrero, una comisión de parlamentarios japoneses de diversas tendencias, incluida la liberal-demócrata en el poder, y el representante de sociedades japonesas, señor Okasaky, se trasladó a Pekín. En tal comisión figuraba el antiguo ministro de Asuntos Exteriores, el liberal-demócrata señor Fuyiyama, que celebró dos entrevistas con Chou En Lai. Dada la personalidad del interlocutor del primer ministro chino, puede suponerse que Tokyo trataba de encontrar una fórmula que le permitiera establecer algún lazo oficial con Pekín, sin por ello renunciar a sus lazos con China nacionalista, con la que realiza intercambios

comerciales del orden de 900 millones de dólares anuales, aparte de los considerables intereses que allí tiene.

Nada indica, sino todo lo contrario, que Pekín haya accedido a la pretensión japonesa de «nadar y guardar la ropa», mejor dicho, de tener amistad con esas dos Chinas que para Pekín, sencillamente, no existen. Pero queda claro que las conversaciones entre Chou En Lai y Fuyiyama fueron un paso más en la serie de prudentes contactos entre China Popular y Japón, sin compromiso por parte del Gobierno nipón, además de un posible tanteo del terreno chino pensando en la sucesión del primer ministro Eisaku Sato y también en las elecciones japonesas del mes de junio.

Lo mismo que en las elecciones de gobernadores de los días 18 y 25 de abril pasado, las de junio no han llevado a la Cámara Baja del Parlamento japonés una mayoría liberal tan amplia como la anterior. En efecto, pese a que en las elecciones de abril el Gobierno se volcara junto a su candidato en Tokyo, el señor Hatano, sólo consiguió éste 1.900.000 votos frente al candidato de la coalición de izquierdas, el señor Minobe, que triunfó con 3.600.000 votos. Otro tanto sucedió en Osaka, que también dio la victoria al frente izquierdista. Cierto, 16 de las 18 provincias que elegían gobernador han sido favorables a los liberales, pero los resultados electorales muestran que el partido comunista ha progresado en las 46 prefecturas que comprende el Japón. El número de votos a favor de los comunistas está muy a la zaga de los logrados por el partido socialista, pero, habida cuenta de los lazos de amistad entre este último partido y las disensiones entre comunistas japoneses y chinos, no se verá entorpecido el acercamiento entre China Popular y Japón por el avance de los socialistas o, por lo menos, dada la representación que actualmente tienen en la Cámara Baja.

Entonces podría producirse una cierta normalización de las relaciones chino-japonesas, aun a costa de dar de lado a China nacionalista, realmente cada día un poco más aislada en razón de las relaciones que diversos países occidentales establecen con China Popular. La eventualidad es tanto menos de descartar cuanto que Japón—incluidos los magnates de la economía—puede preguntarse si coartada por la lealtad que se deriva de su Pacto de seguridad con los Estados Unidos de 1960, no corre el riesgo de que, con el tiempo, su aliada y la China comunista se estrechen las manos, política, diplomática y económicamente, por encima de su cabeza. Una cabeza que abatió la derrota, pero que está en condiciones de alzarse y tomar decisiones en función de sus intereses nacionales.

LIUDPRANDO

